

SANTA MARÍA DEL ESPINO

En las estribaciones del parque natural del Alto Tajo, al este de la provincia de Guadalajara, se encuentra el pueblo de Santa María del Espino o Rata del Ducado, como aparece en antiguos documentos. Se sitúa en una zona de gran altitud, rodeado por densos bosques de pinares que se dibujan sobre las colinas que rodean la villa por sus cuatro costados. En una de estas colinas se encuentra la Cueva de la Hoz donde se descubrieron restos de pinturas rupestres que ponen de manifiesto la primitiva ocupación de estas tierras desde época prehistórica.

Situado a 95 km de la capital Guadalajara, se accede desde la A-2, tomando el desvío hacia Molina de Aragón y hacia Anguita, desde donde se coge la carretera que nos conduce a este pequeño municipio.

Históricamente, Santa María del Espino carece de documentación que nos sitúe sobre su primera etapa poblacional. Si bien es cierto que todas estas tierras altas, Santa María del Espino, Anguita, Aguilar de Anguita... fueron ocupadas por tribus nómadas que se asentaron ya desde el Neolítico y en la primera Edad del Hierro. En la Cueva de la Hoz, como se ha dicho, se ha descubierto pinturas rupestres de suma importancia que desvelan la presencia humana en la zona. Desde entonces han sido varias las tribus celtíberas (lusones, titos...) que por aquí pasaron y dejaron su huella en castros que han sido descubiertos por la comarca, como el de Hocincavero, en Anguita. No se tiene constancia de otro tipo de presencia humana hasta que aparecen documentos del Alto Medioevo. Tras la ocupación musulmana de la península hasta la meseta central, se sucede un proceso de reconquista iniciado por Alfonso VI con la toma de Toledo en 1086, punto clave desde donde se iniciarían las incursiones castellanas por la Transierra, al este de la Alcarria, para recuperar todos los territorios musulmanes e intentar repoblar todas estas tierras yermas.

Santa María del Espino, tras la reconquista en el siglo XII, fue un poblado que quedó incluido en el Común de Villa y Tierra de Medinaceli, creado para poder repoblar todos los núcleos hasta la línea del Tajo. Hacia el siglo XV, los Comunes de Villa y Tierra se desgajaron en numerosos señoríos nobiliarios, en manos de grandes familias, que pasan a controlar todo el poder y aplicar jurisdicción propia. La familia de la Cerda toma el poder y crea el Ducado de Medinaceli, el cual mantendrá hasta el siglo XIX. Durante todo este tiempo son escasas las noticias de Santa María del Espino. Desde la actualidad reciente este pequeño núcleo ha resistido al paso del tiempo manteniendo intacto el encanto de sus calles y sus gentes, aunque a punto estuvo de desaparecer debido al fuego que arrasó parte de su término y que se extendió por el Parque Natural del Alto Tajo, dejando tras de sí una catástrofe humana y natural sin precedentes en la provincia.

Iglesia del Salvador

LA IGLESIA de este pequeño municipio se encuentra en la parte alta, sobre un cerro desde el que se divisa todo el entramado urbano de estrechas y desdibujadas calles que bajan al centro del pueblo. Corresponde a la tipología de iglesias de reducidas dimensiones, típica del románico rural alcarreño, aunque con reformas

y añadidos posteriores. Es una construcción de una sola nave rectangular que se alarga hasta la cabecera de planta cuadrada, y espadaña a los pies. Debido a la orografía del terreno escabroso donde se encuentra, la parte septentrional del templo debió acondicionarse al desnivel del terreno.



Vista de la cabecera



Detalle de la cabecera

Toda la fábrica de sus muros se realiza en mampostería con revocos de mortero y cal y sillares como refuerzo en las esquinas; la disposición de los volúmenes arquitectónicos se aprecia al exterior, disminuyendo en altura desde la nave hasta la cabecera y la sacristía. Este último cuerpo adosado a la cabecera se remata por una línea de unos siete canecillos lisos muy simples. Otro cuerpo se adosa en la parte septentrional de la nave salvando el desnivel del terreno; es un cuerpo de planta cuadrada con cornisa moldurada de gusto renacentista, época de la reforma de la iglesia en el siglo XVI.

A los pies de la iglesia se encuentra la espadaña reformada sobre la antigua románica, dividida en dos cuerpos. El inferior se encuentra ocupado por la portada de ingreso que se abre bajo un atrio porticado con tejeroz que la resguarda de los vientos fríos de estas tierras altas. Se trata de una portada muy sencilla, con un arco de medio punto dovelado. Sobre ella se sitúa un estrecho vano, y por encima de la misma el segundo cuerpo de espadaña separado por una línea de sillares horizontales, a modo de imposta. En él se abren dos huecos para las campanas, rematados en los laterales por sendos pináculos.

Al interior, la iglesia presenta una sencilla nave rectangular, que revoca en yeso sus paramentos y zócalo inferior de piedra tras el último acondicionamiento, de escasa altura y anchura como era habitual en estas pequeñas iglesias románicas. Está cubierta con techumbre de madera a dos aguas, reforzada con pares y tirantes. Dos vanos adintelados de época posterior a la románica, abiertos en el muro meridional, iluminan el interior, uno en la nave y otro en la cabecera.

El paso de la nave a la cabecera se resuelve con un arco triunfal oculto tras el revoco de yeso y ligeramente apuntado, que apoya sobre pilastras que se adosan al muro sin ningún tipo de decoración en capiteles. Ya la cabecera, de planta cuadrada, se estrecha en este tramo y se cubre con bóveda de arista totalmente encalada. Ocupa el altar mayor un retablo barroco, presidido en la hornacina superior por la pequeña imagen de la Virgen del Espino. Tras la cabecera se dispone un cuerpo adicional de menor altura que acoge el espacio de la sacristía.

Por último, se abre un pequeño espacio en el muro norte, a modo de capilla, iluminado también por otro vano de iguales características que los anteriores, de la misma época. Se cubre con una cúpula apoyada sobre pechinas, decorada con líneas geométricas. Se dispone un pequeño altar barroco con la imagen de Cristo crucificado y una pequeña mesa donde poder dar la liturgia a los escasos vecinos del pueblo. En esta misma estancia se encuentra también la pila bautismal, cuya copa tiene la superficie lisa pero sin ningún tipo de interés adicional.

Texto: EJM - Fotos: EJM/ABFM

Bibliografía

AZCÁRATE RISTORI, J. M. de, 1983, II, pp. 146-147; BLÁZQUEZ GARBAJO-SA, A., 1988, pp. 49-58; HERRERA CASADO, A., 1988a, p. 588; LAFORA, C., 1988, p. 148; MADOZ, P., 1845-1850 (1987), II; MIÑANO, S. de, 1826 (2001), II; NIETO TABERNÉ, T., ALEGRE CARVAJAL, E. y EMBID GARCÍA, M. A., 1991, p. 505; RANZ YUBERO, J. A., 2007, p. 140; SERRANO BELINCHÓN, J., 2004, pp. 358-359.